

do el corazón, pues el temor de Dios es gloria, y justo motivo de gloriarse; y es alegría y corona de triunfo, recrea el corazón, y da contento y gozo, y larga vida. (1)

Dios es el apoyo de los que le temen, y su salud estará muy cerca de ellos; y engrandece su misericordia en favor suyo; ellos esperan en Dios, y nada temen de cuanto pueda el hombre hacer en contra suya. Y en cuanto á Dios, su Majestad hará la voluntad de los que le temen: oirá benigno sus peticiones, y los salvará. (2)

El dominio de Dios sobre nosotros; ¿qué fuéramos sin él? Pobres huérfanos que correríamos extraviados sin tener apoyo, sin hallar consuelo; internándonos cada vez más, triste y dolorosamente, en horribles desiertos donde la muerte caería sobre nosotros, después de haber sufrido los más grandes y terribles dolores de la vida: á cada paso hallaríamos un tropiezo; en todas nuestras sendas la desgracia; el sol nos quemaría con sus ardientes rayos, y la luna sería para nosotros, en la noche, cual fatídica visión del otro mundo. ¿Qué consuelo pudiéramos hallar entonces, en nuestro propio corazón, á donde vendríamos por último, á buscar refugio? ¡Con cuánta verdad sollozando podríamos exclamar: Mi corazón está conturbado y palpita tristemente: faltanme las fuerzas y aun la misma luz de mis ojos se ha oscurecido: de tanto llorar estoy cansado. (3) Me tiembla el corazón: el pavor de la muerte me ha sobrecogido; el temor y el temblor se han apoderado de mí, y me hallo cubierto de tinieblas. (4)

(1) Ecci. I, 11, -12. (2) Id XXIV, 14.-LXXXIV, 10.-CII, 11.-LV, 11.-CXLIV, 19. (3) Id. XXXVII, 11. (4) Id LIV, 5,-6.

Fuera del dominio del Señor, el hombre queda en terrible abandono; Dios lo deja ir siguiendo los deseos de su corazón, y permite que goce sus funestos placeres. ¡Ah, si mi pueblo hubiese escuchado, exclamaba el Señor, si hubieran seguido los hijos de Israel mis caminos! Como quien no hace nada, hubiera yo seguramente, humillado á sus enemigos, y descargado mi mano sobre sus perseguidores. (1)

El hombre que huye del dominio de Dios, es un monstruo de quien tienen que huir los demás: si ese monstruo llegara á reinar, habría por todas partes, efusión de sangre, homicidios, hurtos y engaños, corrupción, infidelidad, alborotos, perjurios, vejación de los buenos, olvido de Dios, contaminación de las almas, inconstancia en los matrimonios, desórdenes de adulterio y de lascivia. Da de mano á la sabiduría, y no solamente ignora la virtud; mas también deja eternizada la memoria de su necedad; por manera que no puede encubrir sus pecados. [2] Al contrario la sabiduría libró de los dolores á los que la respetan: ella condujo por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios; y le dió la ciencia de los santos, lo enriqueció con la paciencia en las fatigas, y recompensó abundantemente sus trabajos. [3]

El poder de Dios no esclaviza al hombre, pues que le ha dejado en manos de su consejo: le dió sus mandamientos y preceptos. Si los cumple, éstos serán su salvación: delante de él ha puesto el agua y el fuego: que extienda su mano á lo que más le agrade. También delante de él están la vida y la muerte, el bien y

[1] Id LXXX, 13.-15. [2] Sap. XIV, 24,-26-X, 8. [3] Id, 9, 10. Menoch.



el mal: le será dado lo que escogiere. [1] ¿Por qué, pues, no humillarnos bajo la poderosa mano del Señor que nos exaltará en el tiempo conveniente? ¿por qué no descargar en su amoroso seno, las congojas é inquietudes de la vida, pues Él tiene cuidado de los que viven bajo la sombra de su paternal y soberano imperio? [2] Él es el supremo Señor, juzga sin pasión, y nos gobierna con mucha equidad y moderación, pues su Espíritu es benigno y suave, en todas las cosas, y tiene siempre en su mano el usar del poder cuando quiere. (3)

Yo soy el que soy; Yo soy el Sér; Yo soy Jehovah; Hé aquí el gran nombre de Dios, revelado á Moises por Dios mismo: Yo soy el Señor que me aparecí á Abraham á Isaac, y á Jacob, como Dios Omnipotente; mas no les revelé mi nombre Jehovah. (4) Ese augusto nombre nos revela la plenitud de la vida, la necesidad del Sér divino, su independencia y soberana Majestad, el principio, la vida y el amor que reina siempre en Dios. (5)

Cuando el alma piensa en la inefable grandeza del Señor, en su gloria y su vida, si bien es cierto que su inteligencia queda deslumbrada por la abundancia de la luz divina, y que ántes que otra cosa, tiene que rendir á Dios, sobrecogida de temor sagrado, humilde adoración, va despues, sintiendo inmenso regocijo; queda inundada en un torrente de santo y dulcísimo consuelo; y el júbilo más puro la rodea por todas partes. ¡Qué pensamiento tan tierno y amoroso! Dios, el gran Jehovah que nos ha dado la existencia, el Supremo

[1] Eccl. XV, 14-18. [2] I. Petr. V. 6, 7. [3] Sap. XII, 1.-18.  
 (4) Ita legit Hebræus. Exod VI, 3. (5) Cartagena. Homil. III. L. 1.

Rey del cielo y de la tierra, existe por Sí mismo; de nadie necesita para ser feliz; tiene en Sí mismo infinita é indeficiente gloria: nadie jamás podrá escalar las gradas de su trono, ni turbará tampoco, la serenidad de su divina frente. Nuestro amadísimo y Supremo Dios, reinará para siempre..... ¡Oh, cuánta es la dicha de nuestra alma! ¿No le amamos, por ventura, sobre todas las cosas? ¿no le amamos sobre nuestro mismo corazón? Entónces dichosos, si muy dichosos somos, siendo nuestro Dios, feliz y soberano eternamente. ¡Cuánta es la dulzura que gusta el alma en este pensamiento! Él es el Padre más santo y amoroso que tenemos; que nos corona de gracia y de clemencia; que sin embargo de ser tan miserables vuelve hácia nosotros su divino rostro, y lleno de ternura y de bondad, nos conserva y defiende, nos protege y da las pruebas más sensibles de su amor y su cariño. ¡Cómo, pues, el júbilo más puro dejaría de llenar el corazón de los mortales, pensando en la dicha de su tierno Padre! Casi olvida el hombre sus propios intereses, y sumergiéndose en el Océano inmenso del gozo del Señor, de buen grado, ya quisiera no pensar sino solamente en Él; y que sólo Dios, reinase en su corazón y en sus entrañas. Entónces son más dulces que la miel para sus labios, estas palabras de David: Transportanse de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo. Mi corazón se inflamó..... Y yo quedé aniquilado sin saber por qué: y estuve delante de Ti como jumento, y siempre contigo..... ¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, oh Dios mio? Mi carne y mi



corazon desfallecen: oh Dios de mi corazon, Dios, que eres mi herencia por toda la eternidad. (1)

Aun atendiendo más particularmente nuestro propio bien, ¿dónde hallaremos mayor felicidad que bajo la sombra del poder divino? Quien se acoge al asilo del Altísimo descansará seguro bajo la santa protección de Dios. Él será su amparo y su refugio; le librárá del lazo de los cazadores y de adversidades grandes y terribles. Le hará sombra con sus alas; y bajo de éstas vivirá confiado. Su verdad lo rodeará por todas partes, como escudo: no lo espantarán los temores de la noche, ni temerá la saeta disparada durante el día; ni al enemigo que anda en las tinieblas, ni los asaltos del demonio que venga á combatirlo. Mil dardos caerán á su izquierda, y diez mil á su derecha; mas ninguno llegará á tocarlo. Á sus ángeles mandará el Señor, que guarden á ese hombre afortunado, en todas las sendas de la vida, llevándolo en las palmas de sus manos, para que no tropiece, ni reciba ningun daño. Yo le libraré, dice el Señor, y le habré de proteger, pues ha conocido mi sagrado nombre. Clamará pidiéndome socorro, y Yo lo escucharé benignamente. Con él estoy en la tribulacion para librarlo, sacándolo con gloria de todas sus angustias. Le daré muy larga vida; y le haré gozar la eterna salvacion. [2]

¿Quién puede darnos los bienes que el Señor nos da? Él es el manantial indeficiente de bondad; sus bienes son eternos, y llenan cumplidamente los deseos del corazon. Nada puede haber tan grande y lleno de her-

(1) Ps. LXXXIII, 3—LXXII, 21,—26. D. Bonav. in Luc. c. 9. v. 33. (2) Ps. 90.

mosura y de riqueza, como Dios; y hé aquí que Dios mismo será en el cielo nuestro galardón sobre manera grande. [1] El Señor es la parte que nos ha tocado en herencia, y la porción, que para nosotros, Él mismo ha destinado. ¿Quién no exclamará: En sitio delicioso me tocó la suerte: hermosa es á la verdad la herencia que tengo designada? (2)

Semejante galardón, tan rico premio, vuelve muy ligero el peso del trabajo. Mas ved aquí lo que admira y encanta dulcemente el corazon; oid lo que el Señor nos dice: ¿Estais cansados? pues venid á Mí y Yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis el reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo y ligero mi peso. [3] ¿Cómo descubriremos la suavidad y ligereza del yugo del Señor? El yugo se lleva entre dos; uno de éstos es el hombre; ¿quién será el que debe acompañarle? Ciertamente es que Dios será quien le dé la fuerza de su gracia para cumplir gloriosamente sus trabajos; mas ¿por ventura podrá el Señor dividir con el hombre la fatiga? Que siendo así, ya tenemos vista la suavidad y ligereza de aquel yugo; pero está escrito del Señor: Ante Mí se doblará toda rodilla, y toda lengua ha de confesar que soy Dios. [4] Mas el Hijo de Dios descenderá del cielo, y haciéndose hombre nos dirá: No vine á destruir la ley ni los profetas; sino á cumplirla. Y en verdad os digo, que ántes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una jota, ó ápice de ella. (5) Hé allí quien toma el yugo con

(1) Gen. XV, 1. (2) Ps. XV. 5—6. (3) Matth. XI, 28—30. (4) Is. XLV, 23.—Rom. XIV, 11. (5) Matth. V, 17, 18.



nosotros, Jesús, fortaleza de los débiles, consuelo de los tristes, alivio del que sufre. ¿Era nuestro, el yugo que arrastrábamos llorando? Lo ha tomado el Salvador sobre Sí mismo, y le llama suyo; y por esto, ya no es duro ni pesado: derrama en nuestras almas al llevarlo con nosotros, la suavidad de su divino amor, la resignación de la paciencia, la dulzura y encanto de su compañía. Si fuésemos solos, con razón podríamos lamentarnos sollozando: ¡Ay del hombre que está solo! pues si cae no tiene quien lo levante. Mejor es por esto, vivir dos juntos que no uno solo; porque es ventajoso el estar en compañía. Si uno va á caer el otro lo sostiene. (1)

Es mejor estar en compañía..... y ¿qué diremos si esta compañía es la de Jesús, el amoroso, el santo, el incomparable y dulcísimo Jesús; el indulgente y compasivo Padre; el Dios que se hizo hombre para llevar por nosotros el peso de nuestros trabajos, y endulzar las amarguras de la vida; que se llama nuestro hermano para que nos veamos obligados á descargar en su amoroso seno todas nuestras aficciones?

Vivamos, pues, eternamente bajo el imperio del Señor, y descansaremos en la más bella mansión de la paz, en tabernáculos de seguridad perfecta, y en el descanso de la opulencia. (2) Que reine el gran Jehovah sobre nosotros, y bendigamos siempre su sagrado nombre.

¡El nombre del Señor! santo, admirable, lleno de gloria y majestad, lleno de dulzura y de consuelo; esperanza de los hombres, torrón de fortaleza inexpugnable, á la cual nos acogemos para ser prote-

(1) Eccles. IV, 9, 10. (2) Isa. XXXII, 18.

gidos y ensalzados del Señor. (1) ¿Quién pudiera numerar las maravillas y grandezas de ese augusto y sacrosanto nombre? ¡Ah, cómo no hacer nuestras las palabras de Isaías: Todo el deseo de nuestra alma se cifra en traer á la memoria tu nombre! Mi alma te deseó en medio de la noche; y mientras halla aliento en mis entrañas me dirigiré á Ti desde que amanezca. (2) Ese nombre de que hablamos es el nombre del Criador Supremo, cuyo recuerdo estremece de cariño y gratitud el alma; es el nombre del eterno y soberano Dios, á cuyo imperio gustosos y humildes nos rendimos; es, en fin, el nombre del dulcísimo Padre á quien amamos sobre todo amor. ¡Padre, Padre, y al pronunciar este querido nombre, sentimos que se sale el corazón de nuestro pecho; que nos ahoga el llanto del amor, y queremos arrojarnos á los piés de nuestro tierno Padre; y ese Padre dulcísimo nos toma en brazos; y derramamos en su seno nuestro llanto, y casi espiramos de amor y de ternura; y la lengua puede apenas pronunciar estas palabras: ¡Cuán bueno sois mi amado Dios, cuán bueno sois! Bendita para siempre la gloria de tu nombre!

(1) Prov. XVIII, 10. (2) Isa. XXVI, 8, 9.